

NIEVES
CONCOSTRINA



CUALQUIER
TIEMPO PASADO
FUE ANTERIOR

Índice sin orden ni concierto

1. El león del Congreso no tiene huevos	13
2. Borbones con los pies por delante	20
3. Momias por el mundo	29
4. ¿Patrimonio real? Nooo... ¡patrimonio nacional!	40
5. Los monstruos no existen	45
6. La coronación de Carlos V: de la letrina al imperio ...	52
7. Tratado de Madrid: dos reyes a guantazos	59
8. Borbones en el exilio: juego de trileros	71
9. Ultraderechistas en el Tíbet	81
10. La jura del perjuro mastuerzo	90
11. La aventura andaluza de Braveheart	100
12. El terremoto que destruyó Lisboa y revolucionó Portugal	107
13. Los chanchullos del Imperio austrohúngaro	116
14. El príncipe de pacotilla y el cardenal panoli	126
15. De los Austrias piltrafas a los mastuerzos borbones	138
16. La ley seca y los cristianísimos vigilantes de la moral ...	149
17. Hades, Oscar al mejor guion original	158
18. Camino de una tumba	170

19. Alejandro VI, papá, papa y nepote	181
20. Recaredo, godo, arriano y chaquetero	191
21. Unamuno contra Alfonso XIII, con un par	198
22. La agitada muerte del presidente Azaña	203
23. El momentazo de MacArthur e Hirohito	207
24. Abelardo, Eloísa y Astrolabio	211
25. Amada Isabel de Valois	217
26. Marshall tiene un plan y Schuman algo que decir	221
27. Saladino, el estratega hipocondríaco	230
28. Fronteras: de la gran muralla de Lugo a la tapia de China	234
29. Guanches modorros y viejas al horno	244
30. El monasterio cisterciense de Miami	255
31. Proyecto Manhattan: «Fisióneme ese átomo»	267
32. El lumpemproletariado contra Sissí emperatriz	272
33. Ecocidio en Pascua, el ombligo del mundo	276
34. ¿Qué hace una almeja como tú en un monte como este?	280
35. Constantino y los estúpidos candados de Puente Milvio	292
36. Stalin y Hitler, a bocados con Polonia	297
37. Cascorro, una lata de petróleo, una antorcha y una cuerda	303
38. De la Ley de Instrucción Pública del bienintencionado Moyano... ..	307
39. ... al claro e impecable Giner de los Ríos y su Institución Libre de Enseñanza	312
40. De Torquemada al caso Dreyfus: de aquellos polvos, esos lodos	315
41. Hitler, Franco y Pétain, un trío amoroso	321
42. Satán tenga en su gloria a los cazadores de brujas	325
43. El diluvio universal que no pasó de chaparrón	332

44. Galdós, Electra y Casado	336
45. Juliano II, más que apóstata, un iluso	341
46. ¡Tira de la manta!	346
47. El misterio de la rueda (?) del hidroavión de Ramón Franco	351
48. Carlos III: señores jesuitas, vayan ustedes a tomar vientos	358
49. «Estoy hasta los cojones de todos nosotros»	361
50. España contra Darwin y dios en el BOE	365
51. La importancia de una almorraña	369
52. Eva Perón, dando tumbos de tumba en tumba	374
53. Juan Carlos, el ciudadano abudabí	386
<i>Bibliografía y fuentes consultadas</i>	395

1

El león del Congreso no tiene huevos

De dónde vendría aquella costumbre de nombrar algunas calles de Madrid solo con el apellido del homenajeado. La calle Augusto Figueroa es paralela a la de Gravina, y ambas están conectadas por la plaza de Chueca, pero ni el gran navegante Federico Gravina ni el genial músico Federico Chueca ven reconocidos sus nombres en las placas del callejero madrileño. A quien fuera, los Federicos le caían mal.

Tampoco el militar y político Francisco Serrano ha merecido ver su nombre en una de las calles más pijas de Madrid. Fue uno de sus ilustres vecinos, y con una doble moral que encaja perfectamente en el barrio: fue amante de Isabel II, más conocido en palacio como «el general bonito», y uno de los que participó en su derrocamiento con la Revolución de La Gloriosa. Un «figura» que pasó de compartir cama sin disimulos con una reina, a ser quinto presidente de la Primera República.

Y también merecería el señor Ponciano que su nombre estuviera pegado a su apellido en la calle Ponzano, aunque solo fuera para que los miles que circulan por esta vía de moda en busca de cañas, copas, tapas y raciones se preguntaran quién demonios fue este tipo que debería haberle retirado la palabra a su padre justo desde el día de su bautizo.

Ponciano Ponzano fue un escultor zaragozano que murió en 1877, según cuentan, de la manera más estúpida que una pueda imaginar: lanzó una uva al aire para recogerla con la boca, se atragantó y cascó. Qué fatalidad. Fue el artista que dio forma a los dos leones que presiden la entrada del Congreso de los Diputados, esos que no pueden mirarse porque la diosa Cibeles los condenó a no volver a verse. Los dos leones se ignoran: uno dirige su cabeza hacia Neptuno y el otro hacia la Puerta del Sol.

Los madrileños los bautizaron como Daoíz y Velarde, porque imaginaron que su estampa reflejaba la imponencia y la fiereza de los dos militares. Nada más lejos de las intenciones del artista: uno de los leones del Congreso es chica. Mirando de frente la fachada, el de la izquierda representa a Hipómenes y el de la derecha es Atalanta. Ponzano realizó la escultura del león macho con la cola levantada para dejar a la vista los testículos, mientras que la del león «hembra» (que no leona) la hizo con la cola posada delicadamente en el suelo para disimular que le falta un par de huevos.

Debido a la pendiente de la Carrera de San Jerónimo, el espectador puede arrimarse a las posaderas del león Hipómenes y comprobar que los tiene bien puestos, pero la altura a la que se encuentra el león Atalanta no permite ver la ausencia de los testículos desde la calle. Al curioso le queda la opción de pedirle al agente de policía que custodia las escaleras que le deje subir para ver el culo del león hembra, pero ni lo intenten. Nunca lo permiten. Mucho menos si la excusa es comprobar si la escultura tiene o no un par de huevos.

Ponzano gustaba, como muchos artistas de aquel siglo XIX, del neoclasicismo y la mitología, y cuando recibió el encargo de realizar dos leones para instalarlos bajo el frontón triangular del Congreso (esculpido también por él) eligió a la famosa pareja de felinos, ya conocida por los madrileños, aunque no supieran que eran los que tiraban del carro en la castiza fuente de la Cibeles: los ya nombrados Hipómenes y Atalanta.

El mito de esta pareja tiene más versiones que un iPhone, pero la más extendida dice que Atalanta se pasaba la vida corriendo en pelotas por el bosque y preservando su virginidad. Era la Usain Bolt del panteón griego. Sabía que ningún otro ser mitológico podía igualar su velocidad, y para quitarse a los pretendientes de encima, cada vez que aparecía uno lo retaba a que echara una carrera. En caso de ganarla, Atalanta se casaría con él. Si el aspirante perdía, también perdería la vida. Pocos, por no decir ninguno, aceptaron el desafío, hasta que el mozo Hipómenes se enamoró tan perdidamente de aquella velocista, que decidió conseguirla como fuera, incluso haciendo trampas. Buscó la complicidad de Afrodita —la diosa del amor y, seguro, mosqueada con Atalanta porque su persistente voto de castidad le tiraba abajo el negocio—, que aceptó poner en el camino de la atleta tres manzanas de oro para que se entretuviera en recogerlas y que Hipómenes pudiera adelantarla por la derecha, ganar la carrera y conseguir a la chica.

La corredora picó el anzuelo, aceptó la derrota y, retirada ya del deporte de competición, empezó a disfrutar del sexo con Hipómenes, hasta que un mal día tuvieron un apretón y se refugiaron en un templo consagrado a Cibeles para aliviarse de la tensión sexual. Mala idea. La diosa se mosqueó por la profanación y los transformó en dos leones, condenados a tirar de su carro eternamente y a no mirarse nunca.

Y ahí tienen a la pareja, presente tanto en la fuente más castiza de Madrid como custodiando el Congreso de los Diputados,

mirando cada uno para un lado. Ponciano Ponzano se inspiró en el mito griego para realizar su encargo, pero dejando patente que uno de ellos representa a Atalanta, razón por la cual no incluyó los testículos. En otras palabras, el león de la derecha no tiene lo que hay que tener. No hay huevos.

Corre por ahí la falacia de que el escultor no le puso testículos a uno de los leones porque se quedó sin bronce; una soberana estupidez, puesto que el saco escrotal de los leones es ridículamente pequeño; es decir, dos bolitas más de bronce las hubiera sacado Ponzano hasta fundiendo dos jarroncillos de cualquier chatarrería. Y rozó el ridículo allá por 2012 un canal de televisión que se ofreció a donar un par de testículos para subsanar la supuesta pifia del león castrado. Alguien les advirtió de que se estuvieran quietecitos. Ese león es Atalanta. Que nadie le toque los huevos.

Fue el 10 de octubre de 1843 cuando una mocosa que ese mismo día cumplía trece años puso la primera piedra del Congreso de los Diputados presidido ahora por los felinos Hipómenes y Atalanta. La mocosa era la reina Isabel II, la hija del mastuerzo Fernando VII.

Qué cosas. El padre cargándose constituciones, ejecutando liberales, y la niña inaugurando foros ciudadanos sin saber lo que inauguraba. Los monarcas en este país viven en una montaña rusa. Aquella reina de trece años, aquella niña de la que su profesor dijo que tenía «escasas luces», puso la primera piedra de ese supuesto templo ciudadano ante 4.000 invitados. Y en aquel mismo momento, entre los cimientos del Congreso, quedó enterrada una cápsula del tiempo para dejar constancia de tan magno acontecimiento. La cápsula encerraba varias monedas en curso, un ejemplar de la Constitución de 1837, los periódicos del día 10 de octubre y la paleta de plata con la que la reina de escasas luces volcó el primer cemento del Congreso. La única vez que un rey o una reina agarra

una herramienta de trabajo es para inaugurar algo. Pero siempre es de un solo uso, y siempre tienen que decirles por dónde se agarra.

¿Y qué es eso de las cápsulas del tiempo? Unos envases que guardan cosas para dejar constancia de que algo se ha hecho, con la esperanza de que algún día salgan a la luz, de que se encuentren en el futuro. Es una especie de juego con el tiempo. Hay dos tipos de cápsulas del tiempo. La del Congreso, por ejemplo, que se enterró entre los cimientos sin saber si algún día alguien la encontraría, y otras que se entierran o se colocan en determinado lugar indicando dónde están para que se abran en cierto momento. Por ejemplo, en el sótano del Instituto Cervantes, en Madrid, aprovechando la cámara acorazada del banco que había antes, está la Caja de las Letras, y ahí varios personajes de la cultura han guardado cosas en una caja y han puesto fecha para su apertura. El escritor Francisco Ayala, que fue el que inauguró este asunto, tiene ahí una caja que no se podrá abrir hasta el año 2057.

La gracia, sin embargo, está no tanto en las que tienen fecha de apertura como en las que se encuentran sin querer. Porque no se trata de buscarlas. Tienen que aparecer. Son cajas, por lo general de plomo, donde se guardan objetos y documentos que acreditan el momento en el que se empezó a erigir tal o cual monumento, o se comenzó a construir tal o cual edificio.

Y conste que se siguen enterrando cápsulas del tiempo, no siempre asociadas a edificios solemnes o estatuas populares, porque en 2018, en Bueu (Pontevedra), se enterró una con el inicio de las obras de la piscina municipal.

No han salido a la luz muchas de gran importancia (la más destacable, la hallada durante la remodelación de la Plaza de las Cortes, bajo la estatua de Cervantes) pero la cápsula del tiempo del Congreso de los Diputados que enterraron hace casi dos siglos, esa sí, la tenemos.

Apareció en 1988, cuando hincaron el pico para hacer las obras de ampliación del Congreso, y ahora se guarda en los archivos de

la Cámara Baja. Se halló una caja hermética con los periódicos del día y la Constitución, pero lo que mejor ha sobrevivido al tiempo, con todo su brillo, son las monedas con el perfil regordete de la niña (por aquel entonces ya perdía el sentido por un cocido) y la paleta de plata en la que se lee la siguiente inscripción: «Doña Isabel II, Reina Constitucional de las Españas, usó esta paleta en el solemne acto de asentar con sus reales manos la primera piedra del Congreso: 10 de octubre de 1843, cumpleaños de Su Majestad». La herramienta se guarda en el Congreso, pero no es la única, porque precisamente en aquel 1988 a otro rey le dieron otra paleta, le dijeron se agarra por aquí y, hala, ponga usted la primera piedra de la ampliación del Congreso de los Diputados. Por el año se puede deducir que fue Juan Carlos, nuestro exrey a la fuga. No lo llamamos emérito porque odia que lo llamen emérito.

Y ya metidos en harina parlamentaria, cabe preguntarse dónde se reunían las Cortes antes de que Isabel II pusiera la primera piedra del Congreso. Pues, dicho a las claras, donde pillarán.

También es cierto que llevaban poco reuniéndose, porque con el mastuerzo en el trono no era costumbre, pero cuando se reunían lo hacían en las iglesias de los conventos o en el salón de baile del Teatro Real, hasta que, con la regencia de Espartero, que era el que manejaba cuando se decidió la construcción del Congreso y el que aprobó el presupuesto de los 17 millones de reales que iba a costar, se eligió el sitio: justo donde estaba el monasterio del Espíritu Santo.

El convento estaba hecho polvo, y dijo Espartero «que lo tiren y hacemos el Congreso». Y aquí seguimos disfrutándolo, incluso pagándoles el sueldo hasta a los antidemócratas que ocupan escaño: los nostálgicos ultraderechistas de la dictadura que solo ingresan en las instituciones demócratas para reventarlas desde dentro siguiendo las enseñanzas de su maestro Hitler.

La circunstancia de que el Congreso se edificara sobre un antiguo monasterio, unida a la flaca memoria de la prensa en gene-

ral y al desconocimiento de la historia de la villa y corte en particular, provocó que algunos medios de comunicación difundieran con cierto sensacionalismo, allá por el año 2009, la aparición de restos óseos durante unas obras en los sótanos del edificio. El hallazgo, sin embargo, no tenía nada de extraordinario, a no ser que se hubiera detectado en las últimas décadas la desaparición de algún diputado o diputada.

Que aparezcan huesos de muertos en el centro, no de Madrid, sino de cualquier ciudad con ocasión de una canalización del gas, de una nueva tubería de agua o por unas simples reformas, está más visto que el tebeo. Cuando no son huesos islámicos, son judíos, y cuando no, restos de centenares de miles de católicos que pueblan el subsuelo de todas las villas, ciudades y pueblos por aquella insana manía de enterrarse dentro o cerca de las iglesias.

Como este país era más partidario de parroquias que de colegios (por aquellos años en España había 15 millones de habitantes, de los que cuatro quintas partes eran analfabetos), y concretamente en Madrid no se daba un paso sin darse de bruces con iglesias, conventos y monasterios, allá donde hubiera alguno de estos edificios, había muertos enterrados. Es probable, por tanto, que cada vez que se hurga en los solares que los albergaron aparezcan huesos. Dado el nulo respeto a los muertos que tanto cacarean los religiosos, cuando los frailes abandonaban sus conventos en lo último que pensaban era en llevarse a los enterrados, ya fueran sus propios hermanos frailes o fallecidos a los que les habían cobrado buenos cuartos por una supuesta sepultura a perpetuidad.

De ahí que, cuando se acometieron obras en los sótanos del Congreso en 2009 afloraran un par de cráneos, unas cuantas tibias y unos cuantos peronés. Eran los restos de los clérigos del convento del Espíritu Santo.

2

Borbones con los pies por delante

Ha costado mucho dinero a este país la repatriación de reyes, reinas y toda su parentela muerta en el exilio. Los expulsamos del país por corruptos y luego nos gastamos una pasta en traerlos con los pies por delante para encajarlos en un lujoso enterramiento y en mitad de pomposos funerales de Estado que también les sufragamos alegremente. Una de dos, o nos sobra la pasta y estamos encantados de pagar los entierros a los ricos borbones, o alguien está pagando con nuestro dinero sin consultarnos.

Cuando los periodistas vasallos y los políticos cortesanos se descuelgan con eso de que mantener la monarquía sale más barato que una república, además de mentir deliberadamente, de demostrar una simpleza que debería avergonzarlos y de no calibrar la monumental gilipollez que están diciendo, se les olvida hacer bien las cuentas. A las cifras «oficiales» que nos arrojan para que nos entretengamos mordisqueándolas, hay que añadir otros gastos que nos provoca la real familia. A saber: vacaciones secretas extra-super-luxury, comisiones ilegales, desvío de capitales, fraude fiscal, venta de propiedades conseguidas o construidas con dinero público cuyos montantes acaban en bancos extranjeros y, lo que nos va a ocupar las siguientes líneas, las idas y venidas de sus muertos.

No se trata de renegar del Panteón del Escorial, que está muy bien como atracción turística; al menos sirve para que Patrimonio Nacional amortice algo de lo que nos cuesta mantener a tanto desocupado borbón.

Hasta Carlos III, él incluido, los monarcas tenían la buena costumbre de morir en este país, con lo cual solo había que trasladarlos unos cuantos kilómetros. Pero con Carlos IV y su señora reina María Luisa de Parma, fallecidos los dos en su retiro dorado

italiano, empezó el despilfarro. Tuvieron al menos el detalle de cascar casi a la vez, en enero de 1819, con diecisiete días de diferencia, lo que facilitó el traslado en plan oferta dos por uno.

Murieron, ella en Roma y él en Nápoles, en el exilio al que los envió Napoleón, cada uno viviendo en su sitio y a su bola. Costumbre esta muy extendida entre los reyes de España y que consiste en no mirarse a la cara pero hacernos creer que están juntos porque están convencidos de que somos imbéciles. Eso sí, en cuanto los echamos del país, ya sea Napoleón o nosotros mismos, enseguida tira cada uno por su lado y no vuelven a dirigirse la palabra.

Aunque no se aguanten, aunque reyes y reinas se hayan muerto después de años dedicándose los mayores desprecios, en este país las formas no se pierden ni muertos. Fue el hijo de Carlos IV y María Luisa, el mastuerzo de Fernando VII, aquel que renegó de ellos y ellos de él, porque los tres acabaron, literalmente, a hostias, el que ordenó su traslado desde Italia para enterrarlos en El Escorial.

Los cadáveres llegaron al puerto de Alicante en agosto del mismo año, y de las arcas nacionales y municipales salió lo que hubo que pagar para la celebración de unos funerales tan pomposos como hipócritas. España se estaba dejando una pasta en las exequias de unos traidores que vendieron la corona a Napoleón por unos puñados de miles de reales y un par de palacios donde disfrutar de su lujoso exilio.

Hubo que pagar la fragata que los trajo, las galas y los honores para el recibimiento, la capilla ardiente que estuvo instalada quince días en el aula capitular de la concatedral de San Nicolás, la numerosa guardia militar que custodió ininterrumpidamente los féretros... Además, por real orden del mastuerzo, el Ayuntamiento de Alicante tuvo que asumir los gastos de estancia y manutención de la numerosa comitiva que llegó desde Italia, y a la que luego se sumaron todos los precedentes de la villa y corte para las honras fúnebres. La manutención de toda aquella multitud que luego tomó camino del Escorial también salió por un pico.

Tiene mucha guasa que todo ese costosísimo paripé lo montara Fernando VII, el tipo que más los traicionó, el que más los maltrató y más los puteó. Tampoco hay que extrañarse; hablamos de borbones.

Vaya a continuación un repaso a vuelapluma de quiénes y dónde se han ido muriendo desde el siglo XIX:

Fernando VII, en Madrid.

Su viuda, la corrupta María Cristina, en Normandía (norte de Francia).

Isabel II en París y su marido, Francisco de Asís, en el palacio de Epinay-sur-Seine, cerca de la capital francesa.

Alfonso XII, en Madrid, y también en Madrid su viuda, la austriaca María Cristina.

Alfonso XIII, en Roma; su señora Victoria Eugenia, en Lausana (Suiza) y la parentela de los dos, esturreada por el mundo (Estados Unidos, Austria y Suiza).

Respecto a los actuales borbones, es una incógnita dónde pillará la parca al comisionista exrey y a su avisado heredero.

Así que, exceptuando a los que aún viven en el momento de escribir estas líneas, de los otros ocho monarcas y consortes fiambres mencionados, cinco de ellos murieron en su exilio tras haber sido expulsados de España por corruptos. Pese a ello, les hemos pagado la repatriación. Manda huevos.

El consorte Francisco de Asís, esposo a la fuerza de Isabel II, merece nuestra especial atención. Esta pareja arrojada de España vivía por separado en su lujoso exilio francés, cada uno a lo suyo, cada uno en su palacete y cada uno con sus novios. Ella con los suyos y él con su querido Antonio.

El 17 de abril de 1902 moría el exrey Francisco en su lujoso palacete de Épina-sur-Seine, a 11 kilómetros de París, entre la indiferencia de su esposa y el amor de su novio, Antonio Ramos Meneses. Al rey Francisco lo llamaban Paquito Natillas y se metían con él porque meaba en cuclillas. Mal, muy mal meterse con

él porque fuera homosexual, sobre todo siendo corrupto, comisionista, mala persona, hipócrita, traidor a la patria, sinvergüenza y borbón. Pero no, se metían con él justo por lo que no debían, por lo que no era delito.

No deberían importarnos las intimidades de este trío formado por Isabel, Francisco y Antonio ni con quiénes se acuestan o se dejan de acostar los reyes y reinas de este país; ni cuántos hijos bastardos tengan ni si coleccionan más o menos amantes... no, no debería importarnos. Pero como todos esos desmanes afectaban y aún afectan a los Presupuestos Generales del Estado y encima predicán con sus actos una moral católica que no ejercen, pues sí, nos importan mucho.

Por si alguien no recuerda qué pintaban los reyes en Francia, vaya un sucinto recordatorio.

En 1868 se produjo en España La Gloriosa, revolución que expulsó a la familia real al exilio. Isabel II y Francisco de Asís llevaban veintidós años casados, odiándose, porque aquel matrimonio fue el mayor despropósito que a nadie se le pudo pasar por la cabeza. Él era homosexual y tenía sus novios, y ella también tenía los suyos porque necesitaba herederos y tenía ganas de divertirse. Isabel II tuvo doce embarazos, ninguno de su marido, y los hijos que sobrevivieron acabaron siendo muy rentables para el rey consorte Francisco. Mucho más que si hubieran sido legítimos.

Cuando los reyes fueron expulsados de España, decidieron acabar con aquella farsa de matrimonio. Isabel II se instaló con su prole en una mansión de París, muy cerquita del Arco del Triunfo, a la que llamaron Palacio de Castilla, y Francisco y su novio Antonio se fueron a vivir con sus perritos a un estupendo y coqueto pisito cerca del Bois de Boulogne, en París, en una zona de ricachones. A los perritos, por cierto, les fueron poniendo los nombres de los antiguos amantes de Isabel II.

Aquella lujosa estancia la pagaron, como es fácil deducir, los españoles, además de disfrutar de una buchaca engordada antes del exilio gracias a todos sus negocios y todos los sobornos recibidos de la reina para que Francisco aceptara reconocer como propios los hijos que Isabel II iba pariendo. En realidad, no sé si es más correcto decir que la reina pagaba sobornos o que el rey cobraba chantajes. De cualquier forma, el dinero salía de las arcas del Estado. Dicho muy rápidamente: cada vez que Isabel II se ponía de parto era un escándalo en la corte, porque los novios se movían por palacio como Perico por su casa. Todo el mundo sabía quién era el padre de cada criatura, cosa que ofendía mucho al rey consorte Francisco, lógicamente; se dolía por ser el protagonista de coplillas y ripios como este:

*Vuestra noble faz empañá
el nublo del deshonor;
desfaced pronto esa niebla,
cortaos los cuernos, señor;
que el mundo entero os señala,
Europa os llama cabrón,
y cabrón repite el eco
en todo el pueblo español.*

La corte de Isabel II y Francisco era un soberano y continuo escándalo, equiparable solo a las variadas *performances* de Corinna, su novio Juan Carlos, el elefante, Botsuana y alguna que otra barbacoa con el sonrojante jefe del Estado tocado con gorra rapera.

De los doce embarazos de la reina, dos eran de uno, tres de otro, otros cuatro de otro... Cinco de las criaturas nacieron muertas o se murieron a las pocas horas, pero con las otras siete había que cumplir un protocolo que consistía en poner al niño o a la

niña en un cojín de seda, sobre una bandeja de plata o de oro, y presentarlo a los miembros del gobierno y a los grandes de España, arzobispos, cardenales y demás fauna, que esperaban fuera de la habitación del parto. El problema es que esa presentación tenía que hacerla el rey Francisco, el que se suponía que era el padre biológico de las distintas criaturas, pero que se negaba en redondo si no le pagaban por hacerlo.

Ya con el primer embarazo agarró el canasto de las chufas y se fue a vivir al palacio del Pardo con su novio, con Antonio, negándose a volver a la corte. Solo cuando la reina le pagaba los varios miles de reales por presentar a cada niño como si fuera hijo suyo aceptaba agarrar la bandeja y enseñar a esos críos que no conocía de nada. Solo con esto ya hizo una buena hucha y por ello llegó al exilio forrado.

Ha quedado dicho que el rey y su novio se fueron a vivir a un pisazo al lado del Bois de Boulogne, pero eso fue en los inicios, hasta que consiguieron lo que buscaban: un palacete de su altura regia y pagado con el dinero (nuestro dinero) que Alfonso XII también le fue pasando desde España. El palacete soñado lo encontraron a 11 kilómetros de París, en la localidad de Épinay-sur-Seine. Qué pedazo de residencia disfrutaría Paquito a nuestra costa, que hoy es la sede del ayuntamiento de la localidad, porque ese palacete, comprado con la pasta sacada de España, lo heredó Alfonso XIII, que después se lo vendió por 187.000 francos, una millonada, a la ciudad en 1906 para que instalara la sede de la alcaldía.

En ese casoplón, donde vivía con su novio Antonio, murió el rey Francisco a punto de cumplir ochenta años, «en mitad de una discreción exquisita y el patriotismo acendrado en el que sufrió su exilio», según publicó el diario cortesano *ABC*. ¿Patriotismo... acendrado? Pero si el rey Francisco era un conspirador y un chorizo... A su novio Antonio, por supuesto, el periódico ni lo mencionó (no fuera a enterarse alguien de que el rey de «discreción

exquisita» era gay), y eso que era un patriota tan acendrado como Francisco, puesto que vivía también a costa del erario español. Las crónicas del periódico y de su suplemento «Blanco y Negro» de aquellos días de abril de 1902 no dicen dos verdades seguidas. Su lectura es muy recomendable porque más parecen crónicas satíricas de *Revista Mongolia* que de un periódico orgulloso de ser ridículamente monárquico hasta en las mentiras más flagrantes.

El matrimonio entre Isabel II y su primo Francisco fue el más inoportuno que nadie pudo imaginar, pero nunca tuvieron el valor de disolverlo. Podrían haber buscado cualquier excusa legal, podrían haber argumentado cualquier mentira porque en la casa real hacían, deshacían, hacen y deshacen a su antojo cuando quieren y como quieren, pero no se atrevieron entonces ni aún hoy se deciden a dar el paso. Las formas y las hipocresías católicas las mantienen hasta el final, aunque de puertas para adentro se escupan a la cara.

La propia madre de Isabel II, la otra gran corrupta María Cristina de Borbón (a la que, por cierto, también hubo que traer de vuelta a España desde el norte de Francia cuando cascó), aconsejó a su hija por carta que solicitara «al Santo Padre la separación porque procede la anulación por causas que serán fáciles de probar y todo Madrid conoce». La homosexualidad de Francisco de Asís era *vox populi* antes y después del matrimonio, y los amantes que manejaba la reina, igualmente conocidos. Esto no dejaba de ser otra borbonada de la reina madre, a la que daban ganas de agarrar por los hombros y sacudirla al grito de: «¡So hipócrita! ¡Si fuisteis tú y tu camarilla los que acordasteis el matrimonio de la niña Isabel con su primo Francisco sabiendo que era homosexual!». Y todo para que en la prole no se colara otro apellido que no fuera Borbón. Ocho veces se repite el apellido de la dinastía en todos y cada uno de los hijos bastardos de Isabel II. Tomemos solo como ejemplo al que acabó encajándose como rey. Se llamaba Alfonso Francisco de

Asís Fernando Pío Juan María de la Concepción Gregorio Pelayo de Borbón y Borbón. Menos mal que, pese a tanto apellido, ningún hijo lo fue del rey Francisco, y así el podrido ADN borbónico pudo refrescarse.

Francisco de Asís convivió más tiempo en pareja con su novio que con su mujer, porque con Isabel II estuvo veintidós años (oficialmente) y con Antonio compartió vida durante treinta y cuatro en Francia, a los que hay que añadir los años de relación en Madrid. Su amor lo iniciaron muy pronto, lo que le permitió a Antonio medrar social y económicamente. No solo era el amante del rey, también era su socio, el testaferro de sus lucrativos negocios y su secretario. Llegó a ser diputado y se le otorgó el ducado de Baños con grandeza de España incluida.

Lo que la vida había separado, sin embargo, volvió a unirlo la muerte, y ahí tenemos en la Cripta Real del Escorial a Isabel y Francisco enterrados, uno frente a otro, pese a que no se podían ver. El coste del traslado de los cuerpos desde París y los funerales, no hace falta insistir, salió de los bolsillos de los españoles.

Pena que nadie se atreviera a grabar en el sarcófago del consorte el epitafio que alguien sugirió:

*Un marido complaciente
yace en esta tumba fría,
del cual afirma la gente
que nunca estuvo al corriente
de los hijos que tenía.*

No acaba aquí el despilfarro al que nos han obligado los borbones para seguir sufragándoles, no solo la vidorra en el extranjero, sino el regreso a casa con los pies por delante.

El que más cuartos nos ha sacado es el huido Juan Carlos, a quien se le puso en su corona morena reunir a toda la parentela en El Escorial nada más encajarse en el trono.

Entre las primeras cosas que ordenó es que se exhumara a sus abuelos paternos y a todos sus tíos. Se trajo a Alfonso XIII desde Roma, a su abuela Victoria Eugenia desde Lausana, en Suiza; a Alfonso desde Miami; a Gonzalo desde Austria y a Jaime también desde Suiza. Nos salió por un pico tanta repatriación, pero lo más caro fue el show-funeral de Alfonso XIII que en 1980 montaron el gobierno español y casa real. Fue un insulto a la decencia y a la democracia.

Juan Carlos ordenó que el féretro con los restos del abuelito *playboy* (de casta le viene al galgo) Alfonso XIII entrara por el mismo puerto del que tuvo que partir al exilio, el de Cartagena. No era un detalle menor. Era decirnos «por aquí me lo echasteis, por aquí os lo devuelvo».

Tantas ganas tenía el exrey Juan Carlos de que la presencia de Alfonso XIII fuera patente desde el mismo momento de su llegada, que desoyó la recomendación de que su abuelo fuera a parar durante un tiempo prudencial al pudridero (trámite que sí pasó la reina Victoria Eugenia cuando llegó procedente de Lausana), dado que el cuerpo se encontraba muy entero. Juan Carlos quería que cuanto antes, y eso era ya mismo, estuviera presente Alfonso XIII en la cripta del Panteón Real; que todo el que pasara por allí, turistas españoles y extranjeros, viera, palpara, comprobara que la monarquía estaba de vuelta. Si Alfonso XIII pasaba al pudridero, nadie lo vería.

Es por ello por lo que, como un cuerpo no entra en las pequeñas cajas que albergan los sarcófagos de la cripta, el cadáver de Alfonso XIII hubo que acoplarlo buscando posturas tan forzadas como poco dignas. Tan indignas las posturas como indignos han sido los reinados suyo y de su nieto.

3

Momias por el mundo

Allá por 1870, en la ribera occidental del Nilo, muy cerca de Luxor y Karnak, un pastor egipcio que atendía por Ahmed perdió una cabra. El animal había caído por una cavidad y balaba desesperado para que lo sacaran de allí. El pastor localizó al bicho, bajó como pudo al agujero y se encontró ante un gran corredor repleto de bultos raros. Encendió una vela y, además de su cabra, descubrió que lo que allí había era decenas de sarcófagos y cientos de cachivaches faraónicos.

Ataúdes apoyados contra la pared, amontonados en el suelo, vasos canopos con higadillos, cajas, cestos... eso valdría un dineral en cuanto le sacudieran de encima el polvo acumulado durante treinta y cinco siglos.

El pastor Ahmed calibró su descubrimiento, habló con sus hermanos Hussein y Mohamed y entre los tres pensaron que lo mismo vendiendo toda esa cacharrería antigua poco a poco, así, como disimuladamente, les sería más rentable que estar arreando cabras todo el día por aquel páramo arenoso. Mantuvieron el pastoreo como tapadera de su nuevo negocio, y durante los siguientes diez años, tacita a tacita, momia a momia, canopo a canopo, inundaron el mercado negro de miles de antigüedades. Hasta que los pillaron, claro. Las autoridades acabaron mosqueándose de que hubiera a la venta tantas piezas en tan buen estado y todas del mismo periodo faraónico.

El pastor Ahmed había descubierto el escondrijo donde hacía más de tres mil años los sacerdotes habían acumulado sarcófagos de faraones, reinas y nobles con todos sus avíos funerarios tras sacarlos de los originales sepulcros. Lo amontonaron todo y lo escondieron porque pretendían poner aquello a salvo de los saqueadores. Y lo

consiguieron durante un tiempo, hasta que apareció el cabrero y encontró la gran tumba colectiva de Deir El Bahari.

En realidad no la descubrió el pastor. La descubrió la cabra.

Para centrar el tema y no extraviarme ni confundir al lector con las tropecientas clases de momias que en el mundo han sido, este episodio va única y exclusivamente de momias egipcias, que solo con ellas ya hay mucha venda que cortar.

¿Por qué hay tal enormidad de momias egipcias por ahí pululando? Lo suyo sería que estuvieran enterradas; y solo expuestas, si acaso, las *celebrities*. Porque no es que haya muchas momias egipcias; es que hay mucho más que muchas. Hasta el museo más pequeño y cutre del mundo, en cualquier rincón del planeta, tiene por lo menos una momia. Las hay de todo tamaño y condición, porque desde que hace dos siglos y pico la fiebre de la egiptomanía se convirtiera en epidemia, el trapicheo con momias demostró ser un jugoso negocio. Entonces fue cuando nació el momio-tráfico y el mercado se saturó.

Miles de momias... y lo de miles no es una exageración... miles y miles de momias fueron desenterradas, vendidas y desvendadas. Había tanta oferta, que te comprabas una momia por dos perras.

Egipto hace ya la vista gorda con eso de tener tanto muerto milenario repartido por el mundo, porque tienen momias para aburrir y si reclamaran todas se tendrían que ir de El Cairo los vivos para que entraran sus antepasados. Ahora bien, Egipto permite que la mayoría de los países tengan sus momias siempre y cuando el muerto no sea de alto *standing*. Los museos se pueden quedar con la plebe momificada y de sacerdote para abajo. Pero si hablamos de faraón o reina, ese muerto hay que devolverlo. Tal fue el caso de Ramsés I, uno de los protagonistas de estas líneas.

Aunque todas las momias, fueran nobles, sacerdotes, escribas o fontaneros, salieran de Egipto sin tener que salir, hubo alguna que

no debería haber salido bajo ningún concepto, porque era faraón. Imaginen ir a Londres y robarles la momia de la reina Victoria I de Inglaterra, o que alguien viniera al Panteón Real del Escorial y se llevara el fémur del mastuerzo Fernando VII... bueno, a este se lo pueden llevar, mejor buscar otro ejemplo. Imaginen que alguien entra al Panteón Real del Escorial y se lleva la momia del emperador Carlos V... porque este sí está momificado. No estaría bonito, ¿verdad? Pues igual de feo está llevarse un faraón de Egipto.

Cuando en 1881 se descubrió el pastel de la tumba colectiva de Deir El Bahari con la que los hermanos pastores estuvieron haciendo negocio durante diez años, por fin se pudo detener el expolio, y todo lo que todavía quedaba en el escondrijo fue requisado por las autoridades y trasladado a El Cairo. De lo que había, no faltaba de nada, pero cómo demonios averiguar lo que ya se habían llevado y pulido. Imposible. En aquel nido de momias estaban las sagas de los Amenhotep, los Tutmosis, los Ramsés, los Setis... Si faltaba algún faraón del Imperio Nuevo, ¿significaba que había sido vendido o es que nunca había estado allí? Difícil saberlo.

Tuvo que pasar siglo y medio para que apareciera Ramsés I; siglo y medio durante el que la momia estuvo de la ceca a la meca. El indefenso y desecado Ramsés I fue vendido a un anticuario inglés, que a su vez lo revendió por siete miserables libras al Museo de Arte de las Cataratas del Niágara, en Canadá. Como los que van hasta Niágara suelen ir a ver cataratas, no momias, el museo acabó declarándose en quiebra a finales del siglo pasado, en 1999, y los gestores vendieron toda su colección a un museo de Atlanta, Estados Unidos. Entre toda aquella cacharrería iba Ramsés I. El supuesto Ramsés I, porque seguros, seguros, lo que se dice seguros, no están. Creen que es él porque, dicen, se parece mucho a su hijo Seti I, porque las manos cruzadas sobre el pecho indican que se trata de un rey del Imperio Nuevo y porque es el faraón que les falta en la colección de la decimonovena dinastía.

Todas esas sospechas fueron precisamente las que animaron a devolver la momia a las autoridades egipcias. En el año 2003 Ramsés I, que había cascado tres mil trescientos años atrás, aterrizó en El Cairo y fue recibido con honores de jefe de Estado. Como tiene que ser; aunque vuelvas hecho una mojomama, lo importante es volver.

Así que, momias por el mundo, hay muchas, miles, pero de faraones y reinas, pocas, por no decir casi ninguna. Tampoco presenta Egipto a sus antiguos gobernantes, más que nada para evitarse disgustos como el que tuvo con otro Ramsés, el segundo, el más célebre con permiso del sobrevalorado Tutankamon, famoso solo por su tumba, no por él mismo. Ramsés II fue el rey constructor, y como estuvo mandando sesenta y seis años, construyó mucho. Más que el Pocero.

La momia de Ramsés II fue una de las que apareció arrumbada en el escondrijo de Deir El Bahari. Tras ser rescatada, y dada su categoría, acabó instalada en una sala especial del Museo de El Cairo, pero dado que no estaba acostumbrada a sus nuevas condiciones de temperatura y humedad, los tendones de su brazo izquierdo se fueron contrayendo y un buen día el brazo se levantó. ¿Dónde se ha visto que una momia sufra una contractura? Si eso le pasa a un vivo se acude a un fisio y se soluciona, pero si un faraón muerto sufre una contracción involuntaria, como poco te da un susto. Eso le ocurrió a Ramsés II, que sufrió una contractura mientras estaba expuesto en el Museo de El Cairo, y a los vigilantes que vieron el cambio de postura de una momia de tres mil años les faltó museo para correr. Esto no pasa de ser una anécdota, aunque costó convencer a los trabajadores de que aquello solo era una reacción física y que Ramsés no había vuelto del mundo de los muertos para vengarse por haberlo sacado de su tumba. Lo cierto es que aquel movimiento involuntario estaba dando una pista de que la momia no estaba conservada de la mejor manera posible.

Y efectivamente, en 1975 se comprobó que Ramsés II se des-
 hacía por momentos porque un hongo se estaba poniendo ciego a
 costa de la momia. Que se te muera un faraón, vale, pero que tam-
 bién se te muera la momia... Ramsés II había aguantado el tipo
 durante tres milenios y en apenas unos años se estaba desintegrando.

Egipto envió la momia a Francia para hacerle pruebas y en
 Grenoble estudiaron a Ramsés II del derecho y del revés. Se con-
 firmó, uno, que la piel se estaba resquebrajando; dos, que el faraón
 se murió con unos noventa años y mucha artritis; y tres, que, efec-
 tivamente, las bacterias se habían empadronado en la momia y se
 estaban dando un festín. Irradiaron al faraón con unos cuantos chu-
 pinazos de rayos gamma, y la momia recuperó la salud. También se
 confirmó que Ramsés II tenía el corazón puesto, como toda momia
 decente, porque una momia sin corazón, chungo; significaba que
 el funerario momificador había hecho una chapuza con el muer-
 to y ese no llegaba al más allá ni de coña. Ningún egipcio-momia
 podía saltarse un capítulo del *Libro de los Muertos*.

En realidad no era un libro al uso, ni siquiera se titulaba así.
 Lo llamaban *Libro para salir a la luz del día* y era como el Google
 Maps del más allá; lo tenía que usar el espíritu del muerto cuan-
 do se separaba de la momia para saber por dónde tirar y si tomar
 la segunda o la tercera salida de la rotonda para llegar al juicio de
 Osiris. Si el espíritu seguía la ruta, si decía sus oraciones, si supe-
 raba las pruebas y salía absuelto... entonces sí, volvía con su mo-
 mia y resucitaban.

A la vista de los millones y millones de momias que siguen
 ahí, sin resucitar, o aquí ni dios pasaba el juicio, o el espíritu no
 llegaba o no sabía volver porque el GPS fallaba más que una es-
 copeta de feria.

El título de *Libro de los Muertos* es muy reciente, del siglo XIX,
 cuando el egiptólogo prusiano Richard Lepsius recopiló y publi-
 có los textos funerarios que se habían ido encontrando dentro de

las tumbas. Pero todo este berenjenal empezó mucho antes, con la manía que les dio a los antiguos egipcios con eso de resucitar. Al principio, las instrucciones de lo que había que hacer, cómo llegar, qué decir y cómo superar las pruebas y las trampas que te ponían los dioses en el camino estaban dibujadas y escritas en las paredes de las tumbas, en los sarcófagos, en papiros, en amuletos... Hasta que los que manejaban el cotarro funerario pensaron que, mucho mejor sería reunir y guardar todas esas indicaciones escritas en papiros junto a la momia, dentro del sarcófago. Se trataba de que al espíritu no se le olvidara ni uno solo de los pasos a dar, ni una sola de las oraciones. Por eso tenía que llevarlo por escrito. Esto, evidentemente, no era gratis.

Los libritos con las instrucciones para renacer los vendían los sacerdotes de los templos, porque, entonces como ahora, la muerte era un negocio. No valía apañarse con el libro que llevara el muerto de al lado. Es decir, tu espíritu no podía pegarse a otro espíritu e irse los dos a ver a Osiris. Cada muerto tenía que llevar su propia guía para resucitar. Personalizada. Así se pagaba una guía por muerto.

Por supuesto, si pretendías renacer, no podías ser enterrado en el anonimato. Se trataba de que el ka, o sea, el alma o el espíritu que se había separado del cuerpo con la muerte, pudiera volver a reunirse con él. Pero para que el ka, en caso de que tuviera autorización para resucitar, encontrara el cuerpo una vez superado el juicio de Osiris, tenía que reconocerlo al volver, por eso ponían tanto empeño en dejar a la vista la máscara funeraria, para que el ka se quedara con la cara de su momia. Y todo esto dando por hecho que el ka había salido bien del juicio y con permiso para renacer y gozar en los campos de Osiris. Pero ¿y si no?

Osiris era el dios más importante de Egipto, el dios de la muerte y el renacimiento, soberano del más allá, el que sometía a juicio a todo quisque. Hasta su tribunal de 42 jueces vestidos con falditas y luciendo cabezas de babuino, halcón o vaca, llegaba el ka, el es-

píritu, y decía «buenas, que soy el representante legal de la momia de fulanito». «Muy bien, pasa majo... ¿Has traído el corazón?». Por eso a las momias se les dejaba el corazón puesto, porque en él residían el intelecto y la conciencia, y el espíritu tenía que presentarlo en el juicio de Osiris.

Los órganos que se extraían eran el hígado, los pulmones, el estómago y los intestinos, que se colocaban en cuatro vasos canopos cerca de la momia, para que, cuando tocara renacer, estuvieran a mano. Al cerebro, en cambio, no le daban importancia. Lo extraían y lo tiraban. O sea, que las momias, en caso de resucitar, resucitaban descerebradas.

El espíritu tenía que llegar al juicio de Osiris diciendo: «Yo no cometí falsedad alguna contra los hombres; no he hecho lo que los dioses detestan; no he causado dolor. No he provocado hambre; no he hecho llorar. No he matado, no he ordenado matar; yo soy puro». Claro, esto lo decían todos a ver si colaba, pero para comprobar si era cierto había que pesar el corazón.

Anubis, el de cabeza de chacal, ponía el órgano en el platillo de una balanza, y en el otro platillo una pluma de avestruz que simbolizaba la justicia y la verdad universal. Y comenzaba la sesión. Los 42 dioses hacían preguntas al difunto sobre su conducta pasada, y dependiendo de sus respuestas el corazón aumentaba o bajaba de peso respecto a la pluma. Otro dios iba tomando nota de los resultados y si al final del interrogatorio el corazón era más ligero que la pluma, se declaraba al muerto «justificado», que era como decirle, hala, vete con tu momia, y a disfrutar.

Pero ¡ay amigo! como el corazón pesara más que la pluma; Osiris enviaba al espíritu a un lugar donde se lo comía un bicho con cabeza de cocodrilo y cuerpo de hipopótamo y león. La momia, entonces, se quedaba a verlas venir solita en la tumba. Así que, lo dicho, vistos los millones y millones de momias que en el mundo son y han sido, o aquí no resucitaba ni dios o todo esto era un cuento.

De lo que no decía nada el *Libro de los Muertos* era de qué pasaba si la momia, al margen de que no le faltara el corazón, le faltara el pene. Le pasó a Tutankamon.

Howard Carter, el que sacó a la luz la tumba de este cacareado faraón en 1922, como descubridor sería la repera, pero como manazas no tenía precio, porque a Tutankamon lo desgració para los restos debido a una desastrosa manipulación. Como las momias lo tienen todo tan pegado, hay que tener mucho cuidado a la hora de manejarlas. Afortunadamente ahora les hacen autopsias virtuales y tomografías axiales y ahí lo ven todo, si necesidad de invadir su intimidad.

Pero Howard Carter, a falta de la tecnología adecuada, lo hizo a lo bestia. Retiraron las sandalias de oro amputando los pies; la máscara funeraria la desprendieron a tirones; para desvendarlo, como no había forma de despegar aquello, lo pusieron al sol del Valle de los Reyes, a 60 grados, y prácticamente lo derritieron. Pero el colmo fue lo del pene. Howard Carter perdió el pene de Tutankamon, porque se sabía que en 1922 el faraón lo tenía puesto. Vendadito y en posición itifálica, como si estuviera erecto, que no lo estaba porque estaba muerto, pero los momificadores lo ponían firme para que Tutankamon llegara hasta Osiris hecho un machote.

Carter manipuló tan malamente la momia, que en algún momento el pene se fue a freír espárragos, aunque nadie se percató de tan sensible pérdida hasta 1968. Hubo que esperar al año 2005 para que, haciendo un TAC, no solo a Tutankamon, sino también a la caja que lo guardaba desde hacía tres milenios, se descubriera el pene en una esquinita, escondidito entre la arena.

El pene volvió con su dueño, a donde debía. Se lo apañaron como pudieron, pero no tan firme como cuando lo momificaron. Qué lástima.

Hasta donde sabemos, Egipto no tiene momias de fama por ahí perdidas. Hay muchas desperdigadas por el mundo, porque se vendían por cuartos en mercadillos callejeros como quien vende cerámica de Talavera, pero son de las normalitas. Lo que no pode-

mos llegar ni a imaginar son todas las momias que se han perdido, porque había tal *stock*, que las utilizaron para todo: para convertirlas en polvo con supuestos efectos medicinales, para fabricar papel de estraza con los 20 kilos de vendas en los que iba enrollada la momia, como combustible en las calderas de las locomotoras... y en la finolis Inglaterra victoriana sirvieron de entretenimiento en las famosas veladas del desvendaje, donde montaban un guateque con la excusa de desenvolverlas para cotillear cómo eran.

Eran momias multiusos, y la demostración viene enseguida.

Existe una estrecha relación entre las momias y el betún, porque precisamente de ahí procede el nombre. Los egipcios no llamaban momias a las momias. El nombre de momia viene de Irán, de la antigua Persia, de «mumma», que en persa significa betún, y como uno de los muchos usos que Occidente le dio a las momias fue convertirlas en betún, con ese nombre se quedaron.

El betún, esa pasta que le damos a los zapatos, ahora es sintético, artificial, sacado del petróleo, pero en realidad es un producto natural; lo da la naturaleza y es pastoso y blandengue. Hace dos milenios, al betún lo llamaban mumma, procedía de las llanuras persas y era muy apreciado en medicina. El uso de la mumma se extendió por Occidente, donde sus gentes creían que curaba casi todo. Había una enorme demanda de mumma, hasta que los yacimientos se agotaron. Los que mercadeaban con el producto no estaban dispuestos a perder el negocio, por lo que buscaron un sustitutivo que diera el pego a los occidentales para que siguieran comprando el supuesto producto medicinal.

Fueron las momias egipcias las que salvaron el negocio de la mumma, porque había millones y millones de ellas por todas partes. Lógico. Estuvieron miles de años muriéndose y vendándose, muriéndose y vendándose...

Las momias tenían un colorcillo oscuro, muy parecido al del betún, y ese color se debía a las consecuencias del proceso de mo-

mificación (insistir en que «momificación» es una palabra que les hemos endosado desde Occidente en el siglo XIX; los egipcios llamaban a las momias «sah»). Ese proceso era como sigue, contado a vuelapluma: se te moría alguien, la familia llevaba a su muertito a la funeraria —tienda de purificación, la llamaban— y elegían el servicio mortuario que querían. Más vendas, menos vendas, una vuelta, cuatro vueltas, buen lino, tela de saco... igual que ahora se elige ataúd, antes se elegía cómo querías que te quedara la momia según el presupuesto del que dispusieras. Los profesionales lavaban, evisceraban, volvían a lavar por dentro, rellenaban, deshidrataban el cuerpo, adornaban, maquillaban, vendaban... y cuando el muerto egipcio estaba bien sequito, bien vendado, lo empapaban bien, a él y a las vendas, en aceites especiales; es decir, los sumergían en resinas para que todo quedara bien amalgamado, bien prieto, para que cuando se secura todo quedara muy pegado.

Desde que se moría un egipcio antiguo hasta que lo enterraban pasaban dos meses y pico, unos setenta días. Solo en desecarlo se empleaban cuarenta. En realidad era una faena, porque cuando ya habías pasado el duelo, cuando se te había olvidado que se te había muerto el pariente, venían los de la funeraria, dos meses y pico después, a devolvértelo para que lo enterraras. «Tenga usted, su muerto, se lo hemos dejado muy apañado».

Pasados varios siglos, milenios incluso, y debido a los aceites y a las resinas, los muertos egipcios vendados tenían una apariencia muy oscura, como si los hubieran embadurnado en betún. De ahí que cuando se secaron las fuentes naturales de mummia en Persia, como la demanda seguía siendo tan alta, los comerciantes orientales pensaran que si los muertos egipcios vendados están recubiertos de mummia, bastaría pulverizarlos y venderlos como betún.

Todas las boticas de Occidente tenían «polvos orientales», «polvos de mummia», y como la mummia la suministraban los antiguos muertos vendados egipcios, se les empezó a llamar «momias». Es decir, el nom-

bre de «mummia» que se supone que era el producto que recubría al muerto vendado, acabó dando nombre al muerto completo.

No puede haber en el mundo una explicación más estúpida.

Las gentes que consumían polvos de mummia sabían que procedían de los antiguos egipcios muertos, pero como todo el mundo seguía creyendo en los siglos XV y XVI que esa mummia era curativa, continuaron utilizando los polvitos. Se los tomaban para las úlceras, para el dolor de muelas, para la jaqueca... para todo, y como lo consumían hasta los reyes y era tendencia entre los nobles, la plebe lo copiaba. El rey Francisco I de Francia no salía de casa sin sus saquitos de polvos de momia.

Aquellos polvitos trajeron muchos problemas de salud, tanto para los que se los tomaban como para los que los esnifaban. En el siglo XVI ya había algún médico que denunciaba que todo eso era una guarrería egipcia que no servía para nada, pero hasta que no llegó el siglo XVIII, con las luces, con la Ilustración, con la razón por delante, no empezó a decaer el uso de polvo de momia.

Pero no decayeron los otros usos.

Los artistas utilizaron el famoso color marrón momia, que consistía en mezclar en la medida adecuada momia machacada con disolventes y resinas. La pintura de Delacroix *La libertad guiando al pueblo* tiene entre sus colores el marrón momia. Los prerrafaelistas también lo utilizaron, aunque algunos no conocían su procedencia. Hay una anécdota muy simpática que contó el propio escritor Rudyard Kipling, el autor de *El libro de la selva*, que dijo que una tarde, a mediados del XIX, su tío, el pintor prerrafaelista Edward Burne Jones, estaba con otro pintor que le descubrió que el color marrón momia estaba hecho con momias. El tío de Rudyard Kipling salió entonces disparado a su estudio, cogió el tubo de pintura, se fue al jardín y lo enterró. Dijo que si eso estaba hecho con faraones muertos lo correcto era enterrarlo.

También se usaron las momias para hacer papel de estraza. Cuenta el egiptólogo José Miguel Parra en su magnífico libro

Momias, la derrota de la muerte en el Antiguo Egipto que durante la Guerra de Secesión en Estados Unidos se encareció mucho el papel por la escasez de telas. Antes el papel no se hacía con pasta de madera, sino con pasta de tela, y durante la guerra faltó ese producto. Como las momias seguían contándose por miles y estaban baratísimas, un empresario estadounidense importó un cargamento de ellas para fabricar con sus vendas papel de estraza, porque cada momia llevaba de media unos 20 kilos de vendas.

Lo más estrafalario, sin embargo, tal y como hemos apuntado antes, fue el uso de las momias como puro objeto de entretenimiento entre la finolis alta sociedad europea: el desvendaje de momias. Dicho más claro, los británicos, sobre todo, quedaban para desvendar momias después del té. Pese a su cínica moral victoriana, que exige respeto a los muertos salvo que sean los de los demás, se lo pasaban en grande en las fiestas del desvendaje de momias. Consistían en adquirir una, quedabas con los amigos, preparabas un pisco labis, contratabas a un presunto experto que te soltaba una especie de conferencia sobre las momias y a la vez iniciaba el desvendaje delante de la concurrencia. Cortaban a lo largo, iban sacando y descubriendo los amuletos y los adornos que encontraban entre las vendas y la dejaban destrozada. Lo que quedaba, a la basura. Así pasaban ellos las veladas en la segunda mitad del siglo XIX. Si tenías una momia para desvendar, tu salón se ponía de moda y había tortas entre los amigos por ir.

4

¿Patrimonio real? Nooo... ¡patrimonio nacional!

En 1865 un anuncio en el Congreso de los Diputados provocó la respuesta airada de un catedrático en la prensa, lo cual dio lugar a un incidente universitario, que derivó después en una protesta es-